

Introducción

En este libro participan profesores de diferentes centros académicos de Francia, Alemania, Cuba y España. El es fruto de la colaboración mantenida entre el Instituto de Historia del Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC y la Casa de Velázquez y, de manera particular, del trabajo conjunto del Grupo de Estudios Comparados del Caribe y Mundo Atlántico (Instituto de Historia del CCHS, CSIC) tanto con la Casa de Velázquez como con el Groupe Interdisciplinaire sur les Antilles Hispaniques et l'Amérique Latine (CICC/GRIHAHAL).

En esta obra se acomete el análisis del archipiélago desde diferentes ángulos de manera transversal y multidisciplinar. Al plantearla, pretendimos que la propuesta generase estudios comparados que nos acercasen a las diferentes aristas de las identidades y de las culturas. Esta visión amplia y esbozada desde distintas disciplinas es lo que ha motivado que las respuestas sean muy diferentes.

El estudio de las culturas isleñas y archipiélicas como culturas unitarias o fragmentadas, una mirada también realizada desde distintos enfoques, dan paso a otros trabajos que analizan el sentido metafórico que el archipiélago ha jugado y juega en los estudios culturales. Es éste un concepto de archipiélago diferente y opuesto al significado semántico de esta palabra y, frente a la idea de territorio interrumpido, fragmentado, atomizado y aislado, le extrae de todo contenido de territorialidad para transformarlo en transnacional y a veces germen de culturas más bastas y extendidas.

Otros artículos analizan el archipiélago como frontera y a la vez instrumento al servicio de intereses geopolíticos o económicos. Asimismo, para algunos, la idea de una cultura archipiélica se transforma y genera una cultura transnacional lo cual permite abordar otros aspectos como las transferencias de modelos culturales y prácticas sociales (sus viajes de ida y vuelta), la adaptación de esos modelos y variación según las condiciones particulares de cada país, etc.

La isla, la insularidad, siempre evocadora de aislamiento, de lugar periférico, de marginación e incluso de supeditación se rompe con la idea de archipiélago como reproductor de ideas, modos y formas y generador de una cultura común. Algunos han ido más allá al conceder a algunos archipiélagos, como el canario, un lugar central en la historia universal, como apunta Benítez Rojo, el ser el origen de la modernidad y el sistema capitalista de nivel mundial. Desde esta idea, varios trabajos analizan la historia, la literatura y las corrientes antropológicas de

distintos archipiélagos, mientras que otros aplican el concepto a sus estudios e intereses particulares. En cualquier caso, para unos y para otros, el archipiélago y antes la isla son espacios conformadores de culturas, de economías y de identidades. Son metáforas y símbolos recurrentes utilizados por sus intelectuales para definirse.

A través de los estudios hemos comprobado que algunas identidades comparten rasgos comunes no sólo por los procesos históricos, culturales y sociales que son similares en algunos territorios, sino también por su condición de insularidad y por su condición colonial mantenida durante un largo tiempo. El discurso colonial atraviesa las construcciones nacionales, las formas de definirse y de representarse y, por supuesto, de ser vistos. Este último hecho ha generado imágenes de estas identidades, elaboradas por europeos —viajeros, pintores, científicos, inmigrantes, políticos o literatos—, o confeccionadas a partir de estructuras económicas dominantes que han trascendido a la historiografía. Son modelos, son esquemas que han persistido hasta hoy en día y que, en ocasiones, distan de la realidad nacional (cultural y política) y de la imagen o sentimientos identitarios de algunos pueblos. Estos aspectos sobresalen en los trabajos dedicados a Filipinas, a su construcción nacional, su recreación a partir de las visiones de los otros y de los discursos coloniales. Asimismo, otros recrean el archipiélago antillano no sólo desde la literatura, sino también desde el lugar que ocupan en el imaginario político europeo a comienzos del siglo de las nacionalidades. De esta recreación también se habla en el caso de Surinam y Filipinas.

La construcción del proyecto nacional, sobre todo a partir del siglo XIX, motivó en los distintos archipiélagos, aún colonias, a buscar su identidad nacional. Filipinas, Cuba, Puerto Rico y República Dominicana son algunos ejemplos.

Enlazando discursos políticos, situación colonial y geografía, algunos textos inciden en el valor que fue cobrando la geografía en los discursos nacionalistas de las colonias como un elemento en el que basar sus reivindicaciones autonómicas e independentistas. La geografía fue, sin duda, un instrumento al servicio del poder, del poder político y económico a lo largo del siglo XIX. Una prueba de ello son las diferentes teorías sobre el clima de los trópicos, su benignidad para el hombre blanco y la capacidad de trabajar en esas latitudes o, por lo contrario, la escasa aclimatación de éstos al clima tropical y la necesidad y justificación de importar mano de obra esclava. Estas teorías fueron cambiando a partir de la década de 1870 en función de la coyuntura económica y de las nuevas necesidades que imponía la producción, así como de los nuevos descubrimientos geográficos y la expansión europea a otros territorios. Pero la geografía también se utilizó para definirse frente al otro y para legitimarse como nación. Un caso es el de Cuba. Allí, el autonomismo (una ideología nacida en el último cuarto del siglo XIX de base territorial) acudió a la geografía para amparar sus reivindicaciones. Conocer su geografía, ajena y diferente a la española, constituía la mejor manera de justificar el derecho a un gobierno propio. En otras zonas, la legitimación política se busca a través de la afirmación local; en esta tarea fue-

ron fundamentales las armas y conocimientos procedentes de la antropología. Rescatar a sus primeros pobladores sitúa al Archipiélago dentro de la historia evolutiva y cultural de Occidente, a la vez que lo aleja y diferencia de la particularidad nacional y cultural hispánica. Este hecho además ayuda a legitimar culturalmente una opción política de independencia. La geografía vuelve a ser el elemento que condiciona la visión de un lugar, convirtiendo en archipiélago un territorio continental. El aislamiento convirtió a algunos territorios, como Surinam, en una isla metafórica. En esta concepción de Surinam vuelve a aparecer el concepto del archipiélago como frontera, una frontera abierta y por tanto capaz de expandirse, en el que conviven diferentes culturas y lenguas.

Junto a la geografía como condicionante, delimitador y definidor de un territorio y de una nación, la economía sirve de hilo conductor para algunos autores cuyos estudios demuestran la existencia de islas dentro de la isla. Pequeñas islas económicas, olvidadas por gran parte de la historiografía, que fueron claves en el proceso de formación nacional. Así, la interpretación del espacio y de su economía legítima a una historiografía que ha igualado nación con plantación, excluyendo de la nación otras formas económicas, otras culturas y distintos pobladores.

Algunos de los trabajos recogidos nos han demostrado para el caso caribeño, sobre todo desde la literatura, que frente a la idea de una identidad inquebrantable e inmóvil, presente en algunos autores que desde su memoria y desde su utopía pretenden reconstruir en su totalidad la identidad insular de la que proceden, otros niegan la existencia de una identidad raíz anclada en el territorio. La concepción del mundo caribeño como una zona de multirrelacionalidad encamina los estudios a verlo desde una perspectiva más amplia en la que están presentes las Américas y Europa. Para algunos de estos autores, en el estudio y comprensión del Caribe debe utilizarse una perspectiva transnacional, ya que con ellos obtendremos la dimensión dinámica cultural y social que se está produciendo entre diferentes espacios e islas. La incorporación de diferentes discursos antropológicos y literarios nos ayuda a captar los matices cambiantes de estas identidades que no obedecen a una lógica única y que encierran en sí otros mundos, historias y lógicas por su carácter fractal. La unidad y la heterogeneidad del archipiélago antillano, que suscita el interés de varios autores, es sin duda el origen de una narrativa que busca sus elementos dispersos en otros territorios y sociedades y que prolongan la isla y la convierten en una isla que se repite. En esta narrativa, salpicados en los mares, en los que la fragmentación a veces se superpone a la unidad, las culturas y sus territorios cobran vida y se prolongan en los continentes. Y es allí donde la unidad cobra fuerza y es capaz de presentarse como una identidad, una literatura, una historia y una narrativa común con características propias. Es, en palabras de Benítez Rojo, el meta-archipiélago. El mar Caribe, el llamado por algunos *Mare Nostrum* caribeño, sirvió como punto de coacción lenta y continua de estas identidades y, usando la metáfora de Fernando Ortiz, fue el recipiente en

INTRODUCCIÓN

el que se ha ido fraguando la identidad caribeña, ese ajiaco tan evocador y sensorial que transmuta y genera culturas.

Nos interesa de manera especial este punto ya que conecta con otro de los temas manejados por los autores, literatos y antropólogos caribeños, como es el de la criollización. Es interesante ver cómo la criollización fue imponiendo una realidad cultural y social que, para algunos autores, hacen del archipiélago antillano único y diferente del resto de América Latina, siendo el nexo entre las distintas Antillas e incluso de la región Caribe, y para otros es el factor que marca las diferencias desde elementos comunes y que origina una jerarquía y una hegemonía entre las culturas caribeñas. En ambas tradiciones insertamos el estudio de la obra de Fernando Ortiz, aunque la situamos más en la primera que en la segunda desde el momento que Ortiz también comparte la idea de la hegemonía cultural que Cuba tuvo en la región Caribe. Asimismo, otros autores han indagado en la invención del continente americano desde las islas y la existencia de una concepción insular en la creación de América.

El análisis de la relación recíproca entre mundos y culturas está presente desde la disputa del Nuevo Mundo y nos conduce al estudio de otros fenómenos como el de los bienes simbólicos que controlan la relación entre las islas (que puede ser la isla) y el continente, o el mundo. Para concluir, sólo apuntar cómo el archipiélago siempre ha servido y continúa haciéndolo como ejemplo de metáfora que sirve para explicar realidades culturales, identidades, dinámicas regionales, conquistas, colonizaciones, experimentos imperiales o definiciones nacionales. Los ensayos recogidos muestran las imágenes variadas —reales o imaginadas— de los archipiélagos, tanto de la imagen actual como de las imágenes que se tenían en su época. Dichas imágenes y estudios se corresponden con las visiones de culturas fragmentadas que a veces desde la literatura se presentan unitarias.

Con esta obra, nosotros, como el Archipiélago, nos sometemos a un experimento de lecturas, comprensiones y aprendizajes que nos obliga a salir del insularismo y del aislamiento, a abandonar por un momento la territorialidad que imponen las investigaciones y las disciplinas que cultivamos y más conocemos, para enfocar nuestros trabajos con otras maneras de mirar. Siguiendo la metáfora de Glissant, esperamos que este libro impulse a transbordar a otros mares, a otras culturas, a otras disciplinas y, sobre todo, a otras formas de pensar.

FRANÇOISE MOULIN CIVIL,
CONSUELO NARANJO OROVIO Y XAVIER HUETZ DE LEMPS